

## DE CÓMO UN CUENTO DE CARLOS GUILLERMO NAVARRO ME RECUERDA UN SONETO DE CERVANTES

Antonio García Velasco

Releo algunos de los cuentos de *Crónicas narradas* de Carlos Guillermo Navarro (Ateneo de Málaga, 2009, si bien los relatos quedan fechados entre 1969 y 1980). El titulado “Esta carne está madura o las buenas crías”, desde sus primeras páginas me hace pensar en el soneto cervantino “AL TÚMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA”:

« ¡Voto a Dios que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla!  
Porque ¿a quién no sorprende y maravilla  
esta máquina insigne, esta riqueza?»

»Por Jesucristo vivo, cada pieza  
vale más de un millón, y que es mançilla  
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!,  
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

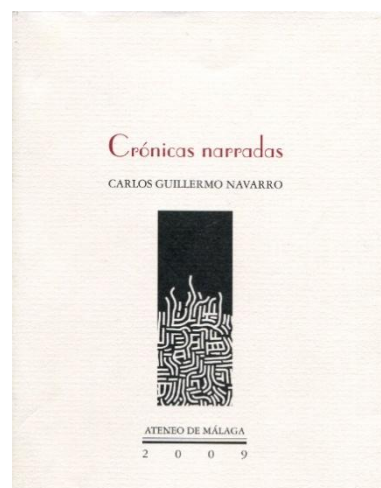
»Apostaré que el ánima del muerto,  
por gozar este sitio, hoy ha dejado  
la gloria donde vive eternamente».

Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto  
cuanto dice voacé, seor soldado,  
y el que dijere lo contrario miente».

Y luego, in continente,  
caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.



Podemos explicar la razón. Cervantes nos presenta una escena que podríamos llamar costumbrista Y Carlos pinta también un cuadro costumbrista: un almuerzo en una casa de comidas barata a la que acuden, sobre todo, trabajadores de oficios diversos. El autor se limita a relatar lo que ve, lo que observa, lo que oye. No menciona nombres y, cuando ha de aludir a algún personaje, lo hace con una referencia circunstancial o caracterial: “el interpelado”, “la muchacha que les sirve con su jovencísimo cuerpo que apetece a muchos”, “chico de la



hembra”, “este último”, “el amigo”, “el del jersey beige”, “el amigo del jersey”, “el de la golfa”, “el que ha claudicado”, “el que se agarra al asidero”... En la mesa que más llama la atención del narrador están dos amigos que comentan lo que harán o dejarían de hacer, si se les presenta la ocasión, con alguna de aquellas nórdicas que visitaban España por los años sesenta-setenta:

“-¿Le diste bien? –pregunta. / -Por entero –y ata las manos entre los dedos persuadido de que ha hecho algo colosal. / -Tenemos más arranque que el Juanillón. Éste habla mucho, pero llegó la tostá, ni muerde. / -Es que no tiene clase, no sabe tratá a las mujeres. / -Es un misógino. / -Niño, como parlas. Te estás extranjerizando. / -Eso es español. Se lo oí a la golfa. / -¿Y qué significa? / -Pues no sé, pero la tía quería decir que no se le arrimaba, que era tanto como mariquita. / -Lo que hay que escuchá, con lo chuleta que es. Si a esa hembra le tocas to. / -Tú que te la enchufaste, ¿cómo está? / -Pa perderse –y mueve la cabeza con desolación”.

Presumen los personajes de Carlos de su presunta capacidad amorosa, como presumen los cervantinos de su admiración y saber ante el título de Felipe II: “*De todas formas, ni la Julia, ni leche, a mí se me planta delante esa breva y me la jinco*”, dice uno (“la Julia” es su novia, esposa o compañera). Y, el otro, ante la idea que da el anterior de que su novia puede “montársele” (“*Con Rosario delante ni te mueves, con las agallas que tiene se te monta.*”), dice: “*Ni Rosario, ni ninguna, por encima de mí, ninguna*”. Pero, pese a tal presunción, cuando terminan la comida, salen a escape en la moto vieja que posee uno de ellos para no llegar tarde al trabajo, pues, aunque sólo fueran cinco minutos, el jefe les echaría la bronca y le temen. Estamos, pues, en un paralelismo con el soneto de Cervantes tanto en el habla popular como en la actitud de los personajes: “*Y luego, in continente, / caló el chapeo, requirió la espada, / miró al soslayo, fuese y no hubo nada*”. En el cuento de Carlos hay temor al jefe y temor a las propias mujeres, se fueron y todo quedó en cháchara, es decir, en nada.

No estaría mínimamente completa esta referencia a la narración de Carlos Guillermo Navarro, sin apuntar algunos de sus aciertos estilísticos:

- imitación del habla popular en las conversaciones
- situarse en el plano del narrador que solo observa y, por tanto, desconoce el nombre de los personajes; refiere sólo los nombres propios de los ausentes por la mención que hacen de ellos los presentes.
- precisión en las descripciones de personajes que revelan el oficio de los mismos sin decirlo (en consecuencia con la postura de narrador-observador): “*...Los dos traen ropajes desgastados, con lamparones grasientos de varios días, y camisas remangadas a la altura de los codos que muestran suciedad debajo de ellas*”.
- descripciones del ambiente con valor poético: “*El sol no es el sol sino hierro, pesa como éste y traspasa la camisa hasta empapar los cuerpos. El aire de los ventiladores de giros lentos alivia a los comensales...*”

- narración de carácter realista, testimonial como basada en vivencias personales.

Si el escritor ha de ser “notario” de su tiempo, hemos de concluir que los relatos que forman el volumen *Crónicas narradas* constituyen un ejemplo paradigmático de ello. Con el valor añadido de un estilo dinámico, fresco, abundante en diálogo, con la dosis precisa de la intriga que obliga a llegar al final de cada una de las historias.